COMEDIA.

EL CERCO DE ROMA POR EL REY DESIDERIO.

DE LUIS VELEZ DE GUEVARA.

PERSONAS.

Adriano, Pontífice, Barba.
Leoncio, Cardenal, Barba.
Carlo Magno.
El Rey Desiderio.
Iñigo Arista, Galán.
Valeriana, Dama.
Bernardo del Carpio.
Roldán.
Reynaldos.
Quatro Cardenales.
San Pedro.
Un Capitan Moro.
Un Alferez.
Soldados Christianos.
Soldados Moros.

JORNADA PRIMERA.

Selva con muros: tocan caxas, y sale el Rey Desiderio, y Soldados.

Desid. SObervios muros de Roma
arruinados, y deshechos,
Alcázares, cuyas cumbres
tocan con la punta al Cielo:
Famosos Anfiteatros,
solemnizados del tiempo,
torres, puertas, calles, muros,
¿cómo no sentís que llego?
¿Cómo os podréis resistir
à las centellas de fuego,
que en vuestro peligro salen
de mi colérico pecho?
Si habeis oido mi nombre,
¿cómo no os venís cayendo?
ò yo no soy quien solia,
ò sois de diamantes hechos.
Yo soy aquel, cuyas obras
sirven de espanto, y de miedo,
cuya fama adora el mundo,
cuyo furor teme el Cielo.
Y porque me conozcais,
soy descendiente de aquellos,
que hicieron en Babilonia
Torres contra un Dios un tiempo.
Gigante soy de su sangre,
no menos valiente que ellos,
y no menos poderoso,
pues contra Roma me atrevo.
No conozco Dios alguno,
mi Dios propio es mi remedio,
y por ser Dios de mí mismo,
me llaman Rey Desiderio.
Contra las Christianas Leyes
de suerte me ensobervezco,

A que

que vivo bebiendo sangre,
si es Christiana la que bebo.
¿Dónde estás, que no respondes,
Succesor del Galileo
Pescadorcillo, à quien llaman
unos piedra, y otros Pedro?
¿Qué es de tí, Pastor de Roma?
que solo à quitarte vengo,
à fuerza de armas, la Silla,
que los cobardes te dieron.
¿Quién podrá ya defenderte
de mi rigoroso esfuerzo,
de mi poderoso alfange,
que ya amenaza tu cuello?
Dicen que esperas de Francia
no sé qué favor pequeño,
y que Castilla te envia
doce mil Soldados viejos:
¿Mas de qué sirven Soldados?
que me corro, vive el Cielo,
de que contra mi furor
se atrevan dos hombrezuelos.
Venga España, venga Francia,
que soy el Rey Desiderio,
de quien escribe la fama
mil prodigiosos portentos.
¿Qué fiera no me conoce
(si tiene conocimiento)
desde los nevados Alpes,
à los Montes Pirinéos?
Una Tigre fue mi madre,
crueldad mamé de su pecho,
aunque en las iras me rindo,
en las crueldades me templo.
Parió mi madre en un monte,
sin mas favor que el del Cielo,
porque viniendo la noche,
sus criados la perdieron.
Viendose en tanto peligro,
y sin humano remedio,
los brutos al parto llama,
y asi los brutos la oyeron:
porque una inhumana Tigre,
que andaba buscando cebo,
à las dolorosas voces
vino con el parto à un tiempo.
Yo caí en tierra llorando,
(que el que nace llora luego)
y el animal à mis gritos
herizó el pintado cuello,
los menudos dientes cruge,
y hecho el cuello un ovillejo,
al tierno llorar se arroja,
que un cruel busca lo tierno.
Con pies, y manos rebuelve
los tristes pequeños miembros,
y fue en efecto una Tigre
la que me dió el primer beso;
mas yo levantando el brazo,
y la bruta oreja asiendo,
dicen, que la tuve un rato:
mirad, ¡qué bravo portento!
Tanto se humanó la Tigre,
que siendo su pensamiento
darme muerte rigorosa,
se apaciguó y me dió el pecho.
Pues si à los crueles brutos
sujeté luego en naciendo,
¿en qué socorro confias,
que baste à humano remedio?

Tocan caxas, y sale Leoncio, Cardenal, con baston.

Leonc. No importa que fieras rindas,
ni que los Alpes conozcan
tus obras llenas de envidia,
si hay envidia en tales obras:
Si una Tigre te dió el pecho,
en los Reyes poco importa
bravezas de corazon,
ni señales prodigiosas:
Yo soy un embaxador
del Padre Santo de Roma,
Cardenal de su Colegio,
y defensor de su honra:
He profesado las armas,
porque la Silla Apostólica
me hizo su General,
y que rigiese sus Tropas.
Yo pasé los Montes Alpes,
y entre sus nevadas rocas,
contra enemigos comunes
gané una insigne victoria:
Entré en el Mar de Sicilia,
y al entrar, sus propias olas,
dando en popa dos Navíos,
calaron popas, y proas.

Sus-

Sustentóme el mar seis meses,
y aseguróme en su Costa,
de las Africanas Lunas,
à las Longobardas costas.
Despues de grandes peligros,
grandes casos, grandes cosas,
llamóme el Papa à gran priesa,
dexé el Mar, y entrando en Roma,
halléle cercado, y pobre,
favorecile à mi costa,
ganéle muchas Ciudades,
que aora la Iglesia goza,
y en pago de estos servicios,
con mano franca, y zelosa,
del credito de la Iglesia,
remuneróme mis obras.
Dióme en efecto un Capelo,
y con él tambien aora
el mismo oficio exercito,
y el mismo cargo me toca:
Y en virtud de esto, he venido
à vér, qué quieres de Roma,
que si reliquias pretendes,
daréte algunas devotas;
y si no, buelvete, Rey,
antes que algun riesgo corras,
que el enemigo en su casa,
por poco que pueda, enoja;
además, que en su favor
viene ya Francia, y Borgoña,
Génova, Sicilia, España,
y desde Corinto à Rodas:
y quando nadie viniera,
Italia, à quien alborotas,
para rendirte bastára.
Desid. Qué Italia bastára sola?
con demasiada arrogancia
has propuesto tu embaxada;
pero no son de importancia
Génova, España, ni Francia
contra el poder de mi espada.
Vengan esos à quien llamas
para el Succesor de Pedro,
con quien mi credito infamas,
que yo entre enemigos medro
con opiniones, y famas:
y pues que tú en tu opinion
vencido me consideras,
busque Roma otro Leon,
que gobierne sus Vanderas,
pues quedas en mi prision.
Leonc. ¿Cómo en tu prision? *Desid.* En ella,
sin réplica, has de quedar:
esta es, Cardenal, tu estrella.
Leonc. Podré en tu prision entrar,
mas tambien podré romperla;
pero bien sabes que vengo
con seguro hablar contigo.
Desid. Ningun seguro mantengo,
que como soy enemigo,
de enemistad me prevengo.
Rinde, Cardenal, la espada.
Leonc. Nunca la rendí en mi vida,
que aunque está sola, es honrada,
si se defiende, ofendida,
si se refrena, obligada.
Guarda la palabra Real,
y nadie por tí me ultrage,
pues vine como leal,
que soy Colona en linage,
y en Dignidad Cardenal.
Desid. Qué puede ser mas que un hombre,
mas hablador, que valiente,
sin opinion, honra, y nombre?
prendedle. *Leonc.* Llama tu gente,
haré que de mí se asombre:
vengan esos, que sublimas,
ricos de haciendas agenas,
vengan los que mas estimas,
que à la muerte los condenas,
si à mi prision los animas:
vengan::- *Desid.* No vengais, tenéos,
que yo pondré en cautiverio
à este barbaro: bolveos.

Empuñan las espadas.

Leonc. Tente, loco Desiderio,
hombre hecho de deseos,
porque hallará resistencia
en mi brazo tu arrogancia,
que ofende con mas violencia.
Desid. Ya me incita tu jactancia:
aqui pierdo la paciencia.
Leonc. ¿Pues tan presto te retiras?
¿qué es de tus coleras bravas,
de tus genios, y tus iras?
¿qué es de lo que blasonabas?

parecen todas mentiras.

Sale un Capitan.

Cap. Quién levanta este alboroto?

Leonc. Yo, villano, le levanto,
yo vuestros ranchos espanto,
yo vuestro Rey alboroto,
yo vuestras bravezas venzo,
vuestros alfanges allano,
vuestras deidades humano,
vuestras obras avergüenzo;
y yo con mi sangre hidalga,
de vuestra villana, pienso
hacer otro mar inmenso,
por donde ese Tiber salga.

Desid. Ponedle en duras prisiones.

Leonc. Yo las romperé algun dia,
si en las de mi valentia
nuevos estorvos no pones:
No pienses, Rey desleal,
obscurecer obras mias,
que es azote de heregias
el brazo de un Cardenal.

Llevan preso à Leoncio.

Desid. Con esta prision grangéo
quanto de Roma procuro,
que es Leoncio un fuerte muro
de este vando Galiléo:
es un hombre de importancia,
por Roma las armas toma:
polvos pienso hacer à Roma,
primero que llegue Francia.

Sale Valeriana al muro.

Valer. Ha barbaro Rey? *Desid.* Quién eres
la que del muro voceas?
pero quien quiera que seas,
ya escucho, dí lo que quieres.

Valer. He visto la sinrazon,
que al Embaxador has hecho,
que como es de honrado pecho,
piensa que todos lo son.
Prendistele falsamente,
debiendo oirle, y honrarle,
y por desautorizarle,
entregastele à tu gente.
Mas yo, que su hermana soy,
pesame de su pesar,
y para manifestar
la gran deuda en que le estoy,
vengo à ofrecerte rescate
grande por su libertad.

Desid. Sola tu mucha beldad
podrá hacer que no le mate.
Valgame el Cielo! con pena *ap.*
la vista à los muros llevo,
quando entre almena, y almena
se divisa otro Sol nuevo,
que alumbra mi Luna llena.
Aunque yo bien facilito
la vista donde la empleo,
quema el Sol con su apetito:
como es Aguila el deseo,
mírola de hito en hito.
¿Qué precio me podrás dar?

Valer. ¿Qué precio por él me pides?

Desid. No los corales del mar,
ni las manzanas de Alcides,
que Atlante baxó à cortar,
sino un precio moderado,
aunque para mí excesivo.

Valer. Pide, y seráte otorgado.

Desid. Un rayo de ese sol vivo,
mas manso, y menos airado.
¿Mas qué es esto, libertad?
¿qué es de vuestra fortaleza?
la imaginacion atad:
querer bien es gran baxeza,
y aborrecer, calidad.
¿Yo aficionado? ¿Yo tierno?
¿yo tan rendido, y humano?
¿cómo, si soy el infierno?
cansase el amor en vano,
que en mí es mortal, y no eterno:
diez mil doblas de oro pido
por su rescate. *Valer.* Darélas. *Vase.*

Desid. Pues con esto te despido:
mas no, buelve, perderélas,
pues tú me tienes perdido.
Fuese: ya se obscureció
la estrella que me alumbraba,
el sol, que me amaneció,
la vida, que me alentaba,
la beldad, que me venció.
¡Qué ciego quedó sin ella!
¿Mas cómo enloquezco asi?
huyó la ponzoña bella,
que si al verla la bebí,

me-

mejor me será no vella.
¿Sueño me infundes, tirano
amor? ¿qué pretendes de esto?
pero à tu gusto me allano,
pues ya la ventura ha puesto
mi mal, y bien en tu mano.
Duermese, y salen Carlo Magno, y Bernardo, cada uno por su parte.
Carl. Soldados de Carlo Magno,
que por Dios las armas toma,
alto à descercar à Roma,
y à su Patron soberano:
Propia nuestra es esta hazaña,
toquen caxas, alto al mar,
que en la Italia pienso entrar
antes que se embarque España.
Bern. Campo de España gallardo,
vuestro Exército marchára,
si à Roma no descercára
vuestro General Bernardo.
Esta es mi mayor ganancia,
marchen nuestras partesanas
entre puntas Italianas,
antes que se embarque Francia.
El Rey Alfonso me envia
à esta conquista extremada,
embayne Francia su Espada,
pues solo basta la mia.
Carl. Tengase España no intente
contradecir mi valor,
que del lauro vencedor,
pienso coronar mi frente.
Bern. Carlos, que el Magno te llamas
justamente, qual si fueras
aqui presente, y me oyeras,
me defiendo, pues me infamas:
¿qué alegas en tu favor
para hacer esta jornada?
Carl. Yo la tengo comenzada.
Bern. Yo la acabaré mejor.
Carl. Yo soy de mas importancia.
Bern. El amor propio te engaña.
Carl. ¿Qué vale con Francia España?
Bern. ¿Quién es con España Francia?
Carl. Solo yo pienso allanar
al Rey Desiderio. *Bern.* Antes
que se muevan mis Infantes,
le tengo yo de matar.
Desid. Aqui del Rey Longobardo:
villanos, qué haceis aqui?
que se mueven contra mí
un Carlos Rey, un Bernardo.
Cómo no mandais tocar
al arma, enemigo vando?
no veis que se están matando
sobre quién me ha de matar?
Despierta, y finge que no vé à nadie.
Mas qué es de ellos fantasía?
soñando sin duda estaba,
y como el temor reynaba,
imaginé que dormía:
el temor me desengaña,
que fue miedo, y no pequeño:
quiero bolverme à mi sueño,
que no hay Francia, ni hay España.
Buelve à dormir.
Bern. Yo he de acabar la guerra,
à pesar de Francia: à ellos,
à matallos, y vencellos. *Vase.*
Dent. voces. Arma, arma, guerra, guerra.
Dent. Carl. Ya los peligrosos mares
dan lugar à nuestra empresa:
à ellos gente Francesa,
al arma invencibles Pares:
primero que el Castellano
llegue à Italia, esté acabada
por mi brazo esta jornada.
Dent. Tierra, tierra, Carlo Magno.
Desid. Qué es esto, pesado sueño?
alerta, Rey descuidado, *Despierta.*
que el temor, quando es soñado,
suele temerse pequeño.
Las voces oigo en el mar:
al arma, fieles amigos,
que estos son mis enemigos,
que me vienen à buscar.
Uno fuerte, otro gallardo,
el uno, y otro es Christiano:
temor me dá Carlo Magno,
pero mas temo à Bernardo.
Tieneme el alma turbada,
que si con grandeza tanta
hoy su nombre asi levanta,
qué será al probar la espada?
mas para atemorizar
éste, que asi me amenaza,

ten-

tengo ordenada una traza,
que tengo de executar.
Sale el Capitan.
Ola, con aquel cautivo,
que vino con la embaxada,
quiero à vista de la Armada,
medio muerto, y medio vivo,
ponerle atado à una palma,
donde le hallen despues
el Castellano, ò Francés
al punto de dar el alma:
que pues tan bravos están
contra mí mis enemigos,
viendo mis graves castigos,
acaso me temerán.
Cap. Haráse como lo ordenas. *Vase.*
Desid. Quiero que hallen asi
un mar de enojos en mí,
y en Leoncio un mar de penas.
Saca el Capitan à Leoncio de cautivo.
Leonc. En tan ásperas prisiones,
mas ásperas las espero;
para poco hay prisionero,
si en tales penas me pones.
Desid. Vén, que te quiero enviar
donde à la primera instancia
te lloren España, y Francia,
sin poderte remediar.
Leonc. Quanto ordenáres en mí,
si es crueldad, yo la apruebo.
Desid. Si las crueldades te debo,
esas quiero para tí.
Leonc. Pues dime, dónde me envias?
Desid. A que manifiestes hoy
à tus amigos quien soy,
y que son crueldades mias:
llevadle presto. *Leonc.* No quiero
resistir en cosa alguna,
que golpes son de fortuna,
y en sufrimiento de acero,
no pienses, que han de mellar
mis constancias tus crueldades,
que noblezas, y verdades
son malas de contrastar. *Llevanle.*
Desid. Quiero por este camino
hacerme de estos temer.
Sale un Criado.
Criad. Aqui está cierta muger
en habito peregrino,
y es su hermosura notable,
que quiere besar tus pies.
Desid. Ha sí, ya yo sé quien es,
dadla lugar que me hable.
Sale Valeriana.
Valer. El Cielo tus cosas trate
con mas piedad que las mias.
Desid. Otro segundo combate
recibid, cenizas frias,
para que mi rabia os mate:
muerta en mi imaginacion
tenia esta pestilencia,
que se pega al corazon;
pero en muriendo la ausencia,
resucita la aficion:
Qué quieres, muger?
Valer. Ya entiendes
à lo que vengo. *Desid.* Sí en tiendo:
una libertad pretendes,
mas ya sabes que la vendo.
Valer. Pagaréla, si la vendes;
y en tanto que el precio tienes,
que se te pondrá en la mano,
dexa, asi goces mil bienes,
que vaya libre mi hermano,
mientras yo quedo en rehenes.
Desid. Amor me quiere ofrecer *ap.*
esta divina hermosura,
quieroselo agradecer.
Bien puedes quedar segura,
que nadie te ha de ofender:
tu hermano se bolverá
luego que un negocio acabe,
en que aora ocupado está.
Valer. Qué negocio? *Desid.* Es algo grave,
Valeriana. *Valer.* Bien está.
Desid. Vamos, y con Zarracina
mi esposa te entretendrás.
Ay hermosura divina! *ap.*
Tocan caxas, y clarines.
Pero esto me importa mas:
gente suena en la Marina:
El Francés se desembarca,
mi gente voy à ordenar. *Vase.*
Tocan, y dice dentro Iñigo Arista.
Arist. Viva Francia, y su Monarca:
à la Marina llegad,

pon-

pondreis al punto la barca.

Tocan otra vez, y salen Carlo Magno, Iñigo Arista, Roldán, y Reynaldos.

Carl. Nobles Galeras de Francia,
à quien llaman vencedoras
desde los nevados Alpes,
à los mas altos de Europa:
Flámulas, y gallardetes,
que gallardeais en las proas
de los mas altos Navios,
que han rompido vuestras olas:
Fuertes Soldados Franceses,
que acompañais mi persona,
pobres de temor infame,
ricos de honrosas victorias:
Famosos Pares, que al Mundo
admirais con vuestras obras:
Casas Ilustres de Francia,
y Titulos de Borgoña:
aqui es menester que el Orbe,
fieles Soldados, conozca,
que à la Corona Francesa
toca el descercar à Roma.
Desocupad los Navios
al són de caxas, y trompas,
que ya Italianas Vanderas
os prometen mil victorias,
que vuestro Rey el primero,
como à quien primero toca
la defensa de la Iglesia,
à defenderla se arroja.
Barbaro Rey Longobardo,
que Desiderio te nombras,
porque cumples un deseo
de injustas empresas locas,
levanta ese cerco, y vete,
si ya el vivir no te enoja,
porque los Franceses Pares
la Toscana playa tocan:
ya los frisónes relinchan
solo para que los oigas,
y de alegres, en las cinchas
hieren con sus mismas colas.
Huye, que te busca un Rey
perdido por ganar honra,
que aunque no es honra vencerte,
es à los menos su sombra.
Carlos me llaman los mios,
Magno por mis grandes obras:
su credito me dá el mundo,
Francia me dá su Corona:
soy Católico Christiano,
y en fé de serlo, me toca
la defensa de la Silla,
que puso San Pedro en Roma.

Rold. Ya toda Italia conoce,
Carlo Magno, tu venida,
y de tus famosos Doce:
ya la Iglesia perseguida
su libertad reconoce:
ya tremolan tus Pendones,
ya desembarcan tus yeguas,
tus poderosos frisones,
rayos del Cielo sin treguas,
si no es que tú se las pones:
plumas de color de gualdas
terciadas por los sombreros,
moradas, verdes, y pardas,
sacan tus fuertes Piqueros,
la cuchilla à las espaldas:
ricas jacerinas cotas,
doradas de trecho à trecho,
yelmos llenos de garzotas,
que mas hazañas han hecho,
que el mar tiene de agua gotas.

Arist. Todos al desembarcar
piden à voces la guerra,
y veráslos blasonar,
que han de navegar por tierra,
y hacer de sangre una mar.
Vienen llenos de esperanzas,
y prometiendo contentos
al Cielo mil alabanzas,
à Francia mil vencimientos,
y à la Iglesia mil venganzas:
y harán, sin duda alguna,
quanto prometido han,
porque suya es la fortuna,
y estos son tales, que están
las ramas sobre la Luna.
Espere, espere, no huya
el barbaro Longobardo,
que para que le destruya
tan fuerte Campo gallardo,
basta ser la gente tuya.

Reyn. Y bastaba Don Roldán,

y

y el famoso Iñigo Arista,
uno fuerte, otro galán,
en esta santa conquista
dén la esperanza que dán:
Marchese à Roma, ya tardas;
y si no te certificas
de mis promesas gallardas,
dame dos vandas de picas,
y otras tantas de alabardas;
y si acompañado de ellas
no venciere mas tiranos,
que tiene ese Cielo estrellas,
atadas atrás las manos
me manda pasar por ellas,
que soy Reynaldos, aquel,
que à pechos de una Leona
mamé su leche cruél,
y à quien la muerte perdona,
como hace el rayo al laurel.

Carl. O famosos valedores
de la Iglesia Universal
de Pedro, y sus Succesores!
Por mi Corona Real,
que yá os juzgo vencedores.
Toquese, y marchese à Roma
en favor del Pastor Santo,
hoy su enemigo se doma,
pues el general espanto
del mundo las armas toma.

Dent. voces. Guerra, guerra.

Rold. Digan guerra,
que solo la paz recelo,
porque soy rayo del Cielo,
que vengo à abrasar la tierra.
Soy el hijo de la ira,
y nieto de la verdad,
amparo de la crueldad,
y un rayo de la mentira:
Rabia, cólera, y desmán,
peligro, muerte, y aprieto,
todo lo soy en efecto,
todo aquesto está en Roldán.

Tocan un clarin, y dice uno en lo alto.

Uno. Una Nave he descubierto
cercada de vanderolas,
mas ufana entre las olas,
que las que están en el Puerto,
y con próspera bonanza
ácia las nuestras camina.

Rold. Vendrá à buscar su ruina
con el zelo de esperanza.

Carl. Haced la salva al llegar,
y si responden con ella,
llegad luego à conocella,
y à verla desembarcar.

Arist. Naves pacificas son,
si la apariencia no engaña:
yo conozco que es de España
en el famoso Pendon,
y su mucha gallardía
descubre que es Española.

Carl. Desembarque, que ella sola
hacernos temer podría.

Rold. Socorro debe de ser,
que à Roma de España llega.

Carl. Qué Rey Católico niega
à San Pedro su poder?
Alfonso el Casto lo es,
y socorre à su Cabeza. *Disparan.*

Uno. Disparado han una pieza.

Carl. Respondan con dos, ò tres.

Otro. Ya desembarca la gente,
y es Española sin duda.

Carl. Huelgome, que España acuda
al Papa, como obediente.

Arist. Es muy de poca importancia
à la Iglesia el recibilla,
porque qué ha de hacer Castilla
à donde socorre Francia?

Carl. Antes es mucho socorro,
que un Español es Leon.

Rold. De que en aquesa opinion
tengas à España, me corro.

Carl. Su gran crédito lo abona.

Rold. No he visto pasion igual!

Carl. Por qué he de quererla mal,
si he de heredar su Corona?

Rold. Heredarásla venciendo,
que de otra manera no.

Carl. Sin vencerla espero yo
alcanzar lo que pretendo:
porque el Casto Rey me escribe,
(no sé si por obligarme)
que el Reyno ha de renunciarme,
si solo seis años vive.

Rold. Lo hará quizá por temor

de

de que tú no le hagas guerra.
Carl. Segura tiene su tierra,
que es del Cielo su valor:
deseo saber de cierto
del Rey en esta jornada,
y asi gusto, que su Armada
llegue à nuestro mismo Puerto;
porque sé por relacion,
que el Rey, cuyo Reyno aguardo,
tiene un sobrino bastardo,
que es tigre en la condicion,
y hame dado algun pesar,
que aunque es bastardo, es sobrino,
y por parecerle indigno,
él lo ha querido estorvar.
Reyn. Quantos estorvos hallares
serán buenos de vencer,
pues quando ello venga à ser,
irán contigo tus Pares. *Caxas.*
El Español General
está ya en tierra contigo.
Carl. Su brazo, y talle es testigo
de una inclinacion Real.
Rold. Tan mozo, y tanto se fia
de él Alfonso el Castellano?
Carl. Su credito no es en vano,
porque à tanta gallardía,
calidad debe de haber
para darle tal lugar.
Sale Bernardo con baston.
Rold. Cómo sabrá gobernar,
puesto que sepa vencer?
de hombre tan mozo no espero
cosa de importancia yo.
Bern. El Rey, que aqui me envió,
me experimentó primero;
y vive Dios, que me pesa
de que en esta misma hazaña
la Armada fuerte de España
se junte con la Francesa:
porque basta que mi tierra
socorra en esta ocasion,
porque sola la opinion
de España vence la guerra:
mas vendreis à ser testigos,
pues vengo à esta guerra yo,
de que un Español venció
todo un campo de enemigos;
y asi, os podreis volver,
pues ya no sois de importancia,
y podreis decir en Francia,
que vino España à vencer.
Carl. Aficioname su brío.
Rold. Y su arrogancia me enfada.
Bern. Todo lo puede mi espada.
Arist. Gusto de este desvarío.
Carl. Dime, quién eres? *Bern.* Yo soy
por España General,
vivo con sangre Real,
y en esa opinion estoy;
y aunque de Reyes nací,
es tan grande mi hidalguía,
que hago yo la sangre mia,
pero no mi sangre à mí;
y aunque me habeis murmurado,
porque tan mozo me veis,
por la experiencia sabreis,
que sé lo que es ser Soldado;
y mas luce en un alarde
de robusta, y buena gente,
un mozo quando es valiente,
que un viejo quando es cobarde.
Reyn. Voyle cobrando amistad,
porque es su valor sin tasa.
Carl. Dime, General, qué casa
digna de tu gravedad
tienes en España? *Bern.* Yo
no tengo casa en Castilla,
porque es mi casa la silla
donde mi valor nació.
De nadie soy succesor,
porque à nadie succedí,
y mil descienden de mí,
yo de mi mismo valor;
y aunque es verdad que pretendo
honor, y de honor me pago,
preciome de lo que hago,
mas no de lo que desciendo.
No tengo de confesar,
que rindo à nadie ventaja,
porque quien desciende, baxa,
y yo no puedo baxar.
Arist. O tienes por padre al Sól,
ò es la arrogancia tu madre.
Bern. Bien dices, que es sol mi padre,
pues basta ser Español.

Carl. En fin, encubrirnos quieres
tu nobleza, y apellido?
Bern. No basta ser bien nacido?
Carl. Yo aseguro que lo eres.
Dime, y Alfonso tu Rey
dónde queda? *Bern.* Está en Castilla
asegurando la Silla,
que es suya por justa ley.
Carl. Llamanle el Casto? *Bern.* Y lo es,
y por eso no se casa.
Carl. Y quién succede en su Casa?
Bern. Eso se verá despues:
que aunque allá se ha murmurado
no sé qué intento encubierto,
yo no lo tengo por cierto,
que el Rey es cuerdo y honrado:
porque es costumbre en Castilla,
y antiguo, y guardado fuero,
que ningun Rey estrangero
herede su Cetro, y Silla;
y quando alguno quisiera
hacer alguna violencia,
hallára mas resistencia,
que en bronce la blanda cera.
Carl. Y si el Rey sin hijos queda,
el Reyno à quién le conviene?
Bern. Quando no los tenga, tiene
un sobrino, que le hereda.
Carl. Ese sobrino es Bernardo?
Bern. Asi le suelen llamar.
Carl. Ese no puede heredar,
porque dicen que es bastardo.
Bern. Qué es bastardo? miente en todo
el que dice que lo es,
aora lo diga el Francés,
aora el Alemán, ò el Godo.
Legítima es su hidalguía,
todos le tienen por tal,
que donde hay sangre Real,
no puede haber bastardía.
Y es su valor de manera,
que aunque el Rey lo enagenára,
por fuerza se coronára,
puesto que bastardo fuera.
No es hombre que sufre injurias,
porque antes de imaginarlas,
de Leon sale à vengarlas
con los mejores de Asturias.
Carl. Gran competidor aguardo,
porque es grande atrevimiento,
si con ese pensamiento
sale de Leon Bernardo;
mas yo allanaré su tierra,
pues para tantos millares
llevaré mis Doce Pares
puestos à punto de guerra.
Bern. Y no habrá en España acaso
gallardos brios, y talles,
que salgan de Ronces-Valles
à impedir à Francia el paso?
Yo, aunque rubias hebras peino,
en mí hallará repugnancia
Francia, si es acaso Francia
quien viene à ocupar el Reyno.
Solo, sin mas gente, basto,
porque moriré primero,
que reyne Rey estrangero
à falta de Alfonso el Casto.
Carl. Pues que tanto lo encareces,
dime de Bernardo el talle.
Bern. Al vivo podré pintalle,
que le visto muchas veces;
y porque su nombre temas,
escucha un rato, entre tanto
que sus calidades propias
en tu presencia relato.
Nació Bernardo en Castilla
del noble Conde Don Sancho,
que por serlo de Saldaña,
tiene el nombre del Estado.
Es descendiente de Reyes,
porque tiene por hermano
su madre al Rey Don Alfonso,
que llama Castilla el Casto.
El noble de su sobrino
siempre se crió en Palacio,
favorecido del Rey,
querido de sus vasallos.
Es de poca edad aora,
que puede tener veinte años,
pues es tanta su braveza,
que es temido, aunque es muchacho.
Solo en armas se exercita,
y está tan exercitado,
que sus amigos le adoran,
y le temen sus contrarios.

Es temerario en sus obras,
en sus palabras hidalgo,
sobervio con los sobervios,
y con los humildes llano.
Es en lo que toca al cuerpo
bien hecho, aunque no muy alto,
gruesa pierna, pie pequeño,
ancha espalda, fuerte brazo,
cabello rubio, y sedeño,
lisa frente, color blanco,
graves, y hermosos los ojos,
que tiran un poco à zarcos,
corba la nariz un poco,
que casi imita al Ramano,
blancos, y menudos dientes,
y belfo un poco de un labio;
pero lo que mas se estima
en el Infante del Carpio,
es su lealtad, su nobleza,
su proceder, y buen trato.
Por eso el Rey de Castilla,
por honrarle, que es muy franco,
gustó de enviarme à Roma
por General de su Campo.
Yo soy sobrino del Rey,
yo soy el mismo Bernardo,
legítimo en valentía,
aunque en la opinion bastardo.

Carl. O nobilísimo Infante!
seais mil veces bien venido,
que juro, que no he tenido
jamás gusto semejante:
con vuestro valor, yo creo
que Roma estará segura,
que es mucha vuestra ventura,
y es bueno vuestro deseo:
tenedme por vuestro amigo,
que el Rey Carlo Magno soy.

Bern. Postrado à tus pies estoy.

Carl. Eso solo contradigo;
levantad, no esteis asi,
los brazos me podeis dar.

Bern. Esos quiero reservar
para España, y para mí.

Rold. A todos nos conoced
por vuestros aficionados.

Bern. Es muy de pechos honrados
hacer à todos merced.

Reyn. A mí particularmente
como à vuestro me mandad.

Bern. Yo os prometo mi amistad
pedida licitamente.

Carl. Toquen à desembarcar,
toquen la caxa Francesa,
y desembarque à gran priesa,
que ya es hora de marchar.
Idos los dos, que entre tanto
tengo yo que hacer aqui.

Reyn. Ea, Don Roldan, venid.

Rold. De tanto tardar me espanto.

Bern. Yo, si vuestra Magestad
me dá licencia, tambien
voy à dar traza, que dén
orden à la brevedad.

Carl. Id, General de Castilla.

Bern. Salga la gente del mar,
porque el mundo ha de temblar:
todo à mi valor se humilla.

Vanse, y queda solo Carlo Magno.

Carl. Solo quiero hablar con vos,
Pedro, que fuisteis del mundo
primer Pastor, y segundo
inmediatamente à Dios:
y antes de entrar en la guerra
os quiero representar
los naufragios de la mar,
y peligros de la tierra,
los trabajos que he pasado
hasta llegar à la orilla,
para defender la Silla
donde estuvisteis sentado.
Y esta representacion,
no con presuncion la hago,
pues sabeis quantó me pago
del obrar sin presuncion.
Solo os suplíco, Sagrado
Apostol, por la victoria,
pues redunda en vuestra gloria
quedar Carlo Magno honrado.
Vuestra Silla está ofendida,
bolved por vos; y por ella,
pues que solo à defendella
ha sido nuestra venida.

Aparecese en lo alto San Pedro.

S. Ped. Católico defensor
de mi Cátedra Sagrada,

juzgate por vencedor,
que tu fiel, y Real espada
ha de mostrar su valor.
Presenta, pues, la batalla,
toquen tus caxas à ella,
porque comenzando à dalla,
tu contrario ha de perdella,
y tu Campo ha de ganalla:
y pues hoy con tal instancia
te muestras fuerte guerrero
en casos tan de importancia,
esas cinco Lises quiero
que traiga por Armas Francia.

Dale un Escudo con cinco Lises.

Carl. Escudo, seais bien venido,
pues honrais à Francia mas,
que mil triunfos que ha tenido.
Ah Pedro! Flores me dás?
hoy mi honra ha florecido.
Dent. Leonc. Carlos.
Carl. Quejandose están.
S. Ped. Carlos, no te cause espanto.
Carl. Iréme al eco del llanto,
pues tan grandes penas dán
voces, que lastíman tanto.
S. Ped. Estima mucho al que halláres,
que ha de ocupar mi lugar,
y solo porque le ampares
te he movido à navegar
largos, y prolixos mares.
Hasta ponerlo en la Silla
Pontifical le acompaña,
que es hombre que ha de regilla
con prudencia tan extraña,
que al mundo sea maravilla.
Carl. Es Adriano? *S. Ped.* Adriano
coronado reyna aora,
pero el que te llama, y llora,
halo de ser por tu mano.
Tanta familiaridad
tendrás con este segundo,
escogido en humildad,
que la ha de llamar el mundo
la Católica amistad.
Carl. A perder por él me obligo
qualquier humano interés.
cómo humano? poco digo.
S. Ped. Católico, y fiel Francés,
à Dios, y busca à tu amigo. *Vuela.*
Carl. Ya vuestra luz me dexó,
ya vuestra gloria perdí,
buscaré al que me llamó,
que su remedio está en mí,
pues por vos se me encargó.

JORNADA SEGUNDA.

Aparece Leoncio atado con cadenas à un arbol, y sale Carlo Magno.

Leonc. Si buscas un desdichado,
Carlos de Francia, aqui estoy.
Carl. Qué pasos que me has costado!
qué aficionado te estoy!
y qué de voces te he dado!
Qué es esto? cómo te veo,
nuevo amigo, de esta suerte?
Leonc. Hoy con mi muerte peléo,
que como vence la muerte,
me puso aqui por troféo.
El Rey Desiderio quiso
que me hallasedes asi,
y diese aviso preciso,
que ha de hacer lo mismo en tí,
y asi, yo por él te aviso.
Cómo vienes, esperanza
de Roma, y nuestro Pastor?
Carl. Con segura confianza
de que ha de dár mi valor
à sus agravios venganza:
quierote dár libertad,
que importa mucho tu vida.

Quiere quebrar la cadena Carlo Magno, y no puede.

Leonc. Hallarás dificultad.
Carl. Aun no es del todo vencida,
cadena, tu crueldad!
cómo no os habeis deshecho,
viendo à tan justo varon
un mar de su sangre hecho?
fuerzas de crueldades son,
no es mi fuerza de provecho.
Busquemos medio, que importa
à tan peregrino mal,
dese en esto nuevo corte:
quién me traerá del Real
una lima, que las corte?

Sa-

Sale Iñigo Arista.

Arist. Trás las voces de mi Rey
vengo por esta espesura,
que no hay nobleza segura,
donde no hay lealtad, y ley:
ha señor. *Carl.* Amigo Aristo,
venisme acaso à buscar?
Arist. Sí, que te oí vocear,
partí, y perdíte de vista;
y porque no te suceda
algun mal desabrimiento,
entréme en tu seguimiento
por medio de esta arboleda,
y te hallo acompañado
de un peregrino suceso.
Carl. Qué os parece? *Arist.* Pierdo el seso
de lastima, y de enojado:
y quién es el que padece
tormento tan excesivo?
Leonc. Soy un honrado cautivo.
Arist. Bien tu semblante lo ofrece.
Leonc. De Roma soy Cardenal,
vine con una embaxada
para el Rey, à quien fue dada,
pero recibióla mal;
y colerico, enojado,
en vez de favorecerme,
porque os espanteis de verme,
mandó ponerme aqui atado.
Carl. Vuelve al Real, y procura
con qué romper las cadenas.
Arist. Parece que hablas apenas:
tanto la pasion te dura!
No tengas pena, señor,
que aunque mis brazos desdeñas,
hierro corto, y rompo peñas
con la lima de tu amor,
y romperé los candados
à fuerza de brazos presto.

Rompe las cadenas.

Carl. Iñigo Arista, qué es esto?
Arist. Dos eslabones cortados,
pero faltan otros dos,
que es necesario cortar.
Carl. Quién se dexa de admirar?
cortólos: valgame Dios!
Leonc. Son diamantes esos brazos,
por quien tanto bien ordenas,
ò son cera las cadenas,
que tienes hechas pedazos?
Arist. Vayan hierros à una vanda,
donde mis brazos están.
Carl. De aqui adelante serán
tus Armas Cadena y Vanda,
y honraránse de esta hazaña,
con que tanto honor conquistas,
en Navarra los Aristas,
los Iñigos en España.
Arist. A Leoncio desamarra,
pues ya libertad le doy.
Carl. Llamaránte desde hoy
Iñigo, Rey de Navarra:
y de tu calificada
estirpe verás nacer
rama, que à España ha de hacer
con mil empresas honrada.
Arist. Con las Armas que me dás
me has honrado de manera,
que aunque mucho te sirviera,
no pudiera ganar mas.
Tanta obligacion confieso,
que estarán manifestando,
la Vanda, en ser de tu vando,
y la Cadena tu peso:
y à Navarra, aunque no dudo
de tu bondad, no la quiero,
que basta ser escudero,
y Señor de tal escudo:
que al fin me mandas bordar
Vanda, y Cadena? *Carl.* Tenedlas,
y en vuestro Escudo ponedlas,
pues las supisteis ganar.
Arist. Luego he de honrarme con ellas?
Carl. Vuestras desde luego son.
Arist. Cadenas son mi blason,
Zuñigas, honraos con ellas.
Carl. Vamos à nuestro Real,
que habeis de andar à mi lado
hasta que hayais ocupado
la Silla Pontifical.
Leonc. Tarde me verás en ella,
Católica Magestad,
que no hay en mí calidad
con que pueda merecella.
Carl. Presto sereis succesor,
y presto os vereis sentado

en

en el Trono levantado
del humilde Pescador.
Leonc. Mucho es eso, mas no dudo
de lo que puede hacer Dios.
Carl. Qué contento voy con vos!
Arist. Qué ufano estoy con mi Escudo!
Vanse, y sale el Pontífice Adriano con baston, y un Alferez.
Adrian. Marchad al Campo Christiano
de Carlo Magno, y Bernardo,
y vereis despues, que aguardo
verme libre por su mano:
que quando aqueste postigo
por donde salí no hallára,
solo por verlos, pasára
à vista del enemigo;
pero marchese sin ruido,
que aunque sabes lo que valgo,
sin tiros, ni caxas salgo
solo por no ser sentido.
Alfer. Santísimo Padre, al arma
toca el enemigo ya.
Adrian. Sin duda avisado está,
pues que contra mí se arma.
Alfer. Gente inumerable viene
de ellos trás nuestro Esquadron.
Adrian. Ya estamos en la ocasion,
salir bien de ella conviene.
Ea, corazones fieles,
que bien honrados quedamos,
quando las vidas perdamos
entre enemigos crueles:
muramos aqui por Dios,
y por la Silla Sagrada
de San Pedro encomendada.
Alfer. No es muerte morir con vos.
Adrian. Viejo soy, y quando muera,
Alferez, iré à mi centro:
salgamosles al encuentro,
que un gran triunfo nos espera.
Alfer. Infinita gente asoma.
Adrian. Qué importa infinita gente?
muramos honradamente,
S. Pedro, S. Pedro en Roma. *Vanse.*
Salen Carlo Magno, Bernardo, Iñigo Arista, Leoncio, Roldán, y Reynaldos.
Carl. Hijos de la Iglesia, aora
mostrad vuestra fortaleza,
miembros sois de la Cabeza
Católica, y vencedora:
peleando está, ayudadla,
sacareis de esta victoria
à vuestra fama la gloria,
y à vuestras sienes guirnalda.
Bern. Harengas son menester
en tanta necesidad?
Ea, Franceses, andad,
que yo solo he de vencer:
ninguno quiero que vaya
conmigo, que me avergüence,
que un Español solo vence,
y acompañado desmaya.
Dexad esta empresa honrada
à mi corazon gallardo,
bien sabeis que soy Bernardo,
y que corta bien mi espada.
Pero para qué vocéo,
si mi braveza es notoria?
à ellos, mueran: victoria,
Roma, que por tí peléo. *Vase.*
Reyn. No se ha visto tal valor,
ni es posible que se vea!
Rold. Si es valor porque vocea,
llamadle gran voceador.
Carl. No es hombre de muchas voces,
antes las voces condena.
Rold. No he visto en él cosa buena.
Reyn. Es porque no le conoces.
Rold. Qué no le conozco yo?
conozcole como à mí.
Reyn. Todo és poco para tí.
Rold. Es algo lo que se vió?
Reyn. Luego Bernardo no es algo?
Rold. Eso confieso. *Reyn.* Y no basta,
siendo de Reyes su casta?
Rold. Antes no sé si es hidalgo.
Carl. Mirad no sea ocasion
esta para pesadumbres.
Rold. Pesame mucho, que encumbres
hombres, que tan poco son:
y vive Dios, que ha de verse
quién es Bernardo, y quién es
el fuerte Roldán Francés,
si ocasion puede ofrecerse.
Entremos en la batalla,
que sin fruto se está dando,

que

que en entrando en ella, Orlando
bastará para ganalla.
Huid si quereis salvaros,
que vá en un negro nublado
un rayo desenfrenado,
que à todos ha de abrasaros. *Vase.*
Reyn. Aquello no es arrogancia?
Carl. Suele ser bien corregido.
Reyn. Vive Dios, que no ha naci
mayor vocinglero en Francia;
y si no, escucha si es bueno
lo que grita, Rey gallardo,
es rayo sordo Bernardo,
y Roldán rayo con trueno:
pero quien quisiere grite,
que à nadie pienso imitar
en esto del vocear,
antes tengo quien me imite,
y por mí haga cabeza:
mi propia opinion es ley,
fuera, Longobardo Rey,
que acomete mi braveza. *Vase.*
Leonc. Vuestra Magestad permita,
que algunas armas me den,
que no es valeroso quien
à tales hombres no imita.
Carl. Tomad mi estoque Real.
Leonc. Con este vengo mi injuria:
ánimo, Romana furia,
que vá vuestro General. *Vase.*
Arist. Solos habemos quedado,
Católica Magestad.
Carl. Solo con vuestra bondad
estoy bien acompañado:
dadme una espada. *Arist.* La mia,
señor, daros determino.
Carl. Y vos? *Arist.* Un ramo de pino
basta. *Carl.* Tanta valentía?
y mas, que os daré un escudo,
que os libre de mil heridas.
Arist. Muchas tengo recibidas,
las mas grandes menos dudo.
Carl. Entremos en la conquista.
Arist. Vuestra Magestad lo manda?
Ea, Infieles, à una vanda,
que vá la vanda en Arista. *Vanse.*
Sale el Pontifice Adriano herido, y trás él Desiderio con la espada desnuda.
Desid. Qué aun te quieres resistir?
Adrian. Ya no, rendido me tienes,
mas mis males, y mis bienes,
pues yo muero, han de morir.
Ya estarás, cruel, contento,
y tu maldad satisfecha;
pero aqueste vencimiento
atribuyele à una flecha,
que à mis sienes traxo el viento:
mas quando tú me vencieras,
mira qué gloria alcanzáras,
qué corona merecieras,
que si à mis canas miráras,
de ofenderme te ofendieras.
O glorias del mundo vanas!
qué temerario os abona!
pues ayer sobre mis canas
el mundo vió una Corona,
y hoy mira heridas insanas.
Católico Carlos, vén,
si à mi muerte hallarte quieres,
que si tus ojos me vén,
en mí verás lo que eres,
y lo que yo soy tambien.
Muero sin que esté presente
à mi muerte quien le duela.
Desid. Voylo à decir à tu gente,
que por esos ayres buela
loca, y temerariamente,
à vér si viendote asi,
allanará la arrogancia,
que muestra hoy contra mí:
Borgoña, Castilla, y Francia,
à vér vuestro Rey venid. *Vase.*
Adrian. Pedro, à quien indignamente
en la Silla succedí,
hallaos à mi mal presente,
que como presto subí,
caí peligrosamente.
Oíd mis lastimas tristes,
primer Llavero Sagrado,
pues eso, y mas me ofrecisteis,
por lo que estuve sentado
à donde vos estuvisteis.
Carlos, Carlos.
Sale Carlo Magno.
Carl. Quién me llama
con tal ansia, y agonía?

Adrian.

Adrian. Un hombre de alguna fama,
que la poca sangre fria,
que le ha quedado, derrama.
Carl. O Pastor universal
del mundo! quién no respeta
la Mitra Pontifical?
quién os hirió? *Adrian.* Una saeta,
que me salió desleal.
Un temerario Soldado
hizo en mí el lance postrero;
pero yá estoy despenado,
Rey Francés, pues aunque muero,
muero de tí acompañado.
Una cosa te encomiendo,
que importa à la Iglesia. *Carl.* Qué?
Adrian. Que procures, en muriendo
yo, que à Leoncio se le dé
la Silla de que desciendo:
su valor es necesario
para este tiempo, mirando,
que suele ser de ordinario,
trás un famoso Prelado,
un riguroso contrario.
Carl. Encargado de eso estoy,
harélo, y el zelo apruebo.
Adrian. Pues con eso, á Dios, que voy
à dár la cuenta que debo
à aquel Señor por quien soy.
Ea, Señor, de la guerra
del mundo salgo hoy en paz,
y ningun temor me aterra,
que aunque indigno, y no capáz,
fui Vice-Dios en la tierra. *Muere.*
Carl. Ya es muerto: O Reynos cargados
de azares nunca entendidos!
ya os tengo experimentados,
que apenas sois poseídos,
quando inciertos, y acabados.
A dónde está la grandeza
vuestra, Pontífice Sumo?
pero como sois Cabeza,
ya qualquier merced es humo,
ya qualquier poder flaqueza.

Dase la batalla, y salen algunos Moros huyendo de Bernardo.

Bern. Huid, cobardes, de mí,
que para vuestro recelo,
y vuestro temor nací:
mas qué agüero es este, Cielo?
à quién hallo muerto aqui?
A ser nueva furia empiezo:
casi me infunde temor,
pues al primero tropiezo,
saliendo por vencedor,
con cuerpos muertos empiezo.
Invencible Magestad
de Francia, quién es el muerto?
pero sin dificultad
quien es está descubierto:
quién mató à su Santidad?
Cómo, Rey, ha consentido
vuestra Magestad, que el Papa
à sus pies esté rendido?
Si el homicida se escapa,
qué socorro el vuestro ha sido?
à esto venisteis de Francia
en competencia de España?
por cierto gentil ganancia,
dexar muerta en la campaña
la prenda mas de importancia!
Vuestra fue la floxedad,
nadie atribuirla quiera
à mi olvido, y poca edad,
que España no consintiera
en su Pastor tal crueldad.
Carl. Tienes razon, yo confieso,
que tuve culpa notable,
Bernardo, en ese suceso.
Bern. Pues calle Francia, y no hable,
si cometió tal exceso.
Carl. Tuve culpa en no mandar,
que al Papa se socorriese,
pero no tuve lugar.
Bern. Ha, si Bernardo pudiese
esta desdicha enmendar!
O quién pudiera romper
mil batallas una à una,
y hacer arroyos verter
de sangre, y à la fortuna,
que dexase de correr!
Navegaré à pie la mar,
mediré à palmos la tierra;
pero no hay que me cansar,
que son sucesos de guerra,
y en aquesto han de parar:
pero ya que la esperanza

fal-

falta, la venganza espero,
pues si esperanza no alcanza,
el remedio verdadero
es remediar la venganza.
Carl. Cargad el cuerpo sagrado,
y en una tumba escondido
le tendré depositado,
mientras con honor debido
à San Pedro le traslado.
Bern. Cargar el cuerpo? eso no,
nunca en eso me divierto,
ni Alfonso tal me mandó:
cargad vos el cuerpo muerto,
mientras que le vengo yo:
no es de Españoles hazaña:
à Dios, que voy à la guerra,
para espantar la campaña,
y en tanto que Francia entierra,
vencerá à la tierra España. *Vase.*
Carl. Gran corazon muestra en todo
el Castellano Bernardo,
à quererle me acomodo,
que es animoso, y gallardo,
y es Rama del Arbol Godo:
quiero su amistad ganar,
porque no me contradiga
el ir à España à Reynar,
que es un Bernardo grande higa,
y un bastardo grande azar.
Salen Roldán, y Reynaldos.
Rold. Si presto no se retira,
el reñir de Francia prueba:
à quién mi valor no admira?
quál enemigo no lleva
algun rayo de mi ira?
Dexad ya de encarecer
à ese Español para poco,
pues que me haveis visto hacer
temeridades de loco
en entrar, y acometer.
Qué esquadron de mil Soldados
no desvaraté, y rompí?
Reyn. Son tus hechos bien contados.
Rold. Luego bien hechos? *Reyn.* Sí,
pero mejor celebrados.
Carl. Qué hay, famosos guerreros?
venciose la guerra? *Rold.* No,
que son los contrarios fieros;
pero al fin se retiró
ese Rey de Vandoleros:
Mas qué es esto? *Carl.* El Cielo quiso
que entre sucesos inciertos
esta muerte me dé aviso.
Rold. No me escandalizan muertos,
que por momentos los piso:
no lloreis su triste suerte,
que desde el humilde al Papa,
desde el mas flaco al mas fuerte,
ninguna vida se escapa
de la espada de la muerte:
Ha Reynaldos! qué haremos?
Reyn. Carguemos nuestra Cabeza,
y luego nos vengaremos.
Rold. Ilustre gente Francesa,
venzamos, y no lloremos. *Vanse.*
Sale el Rey Desiderio, y un Capitan Moro.
Desid. Amayna, Francés hinchado,
las bravatas contra mí,
pues retirado vencí,
qué será no retirado?
Qué Soldados faltarán?
Capit. Quando falten mil es mucho.
Desid. Mil me faltan? tal escucho!
Capit. Muy pocos menos serán.
Desid. En viva cólera ardo.
Capit. Llenó de Moros el suelo
con la espada aquel mozuelo,
à quien llamaban Bernardo.
Desid. Ese Marte conocí,
y tengo envidia à su fama:
cómo dices que se llama?
Capit. Bernardo.
Desid. Bernardo? *Capit.* Sí.
Desid. Yo pienso que es Español.
Capit. Eslo, segun la librea.
Desid. Y es posible que no sea
hijo adoptivo del Sol:
Ese me haveis de prender
en la primera contienda.
Capit. Marte, si puede, le prenda.
Desid. Pues yo tengo de poder:
Qué cautivos han quedado?
Capit. Entre otros el General.
Desid. Quál de ellos? *Cap.* El Cardenal,
que dexé en la selva atado.
Desid. O cómo me dá contento,

que buelva à ser mi cautivo!
que le pienso hacer, si vivo,
mas esquivo tratamiento.
Capit. Otro esclavo de importancia
prendimos en la conquista.
Desid. Llamase? *Capit.* Iñigo Arista,
y es de lo mejor de Francia.
Desid. Esos presos quiero ver.
Capit. Sirviendo están en tu tienda.
Desid. Hasta que à Bernardo prenda,
ningun gusto he de tener.
Sale Valeriana. Si las palabras Reales
se han de cumplir como es ley,
cumpleme la tuya, Rey,
y veré yo lo que vales.
Bien sabes que prometiste,
que à mi hermano me darias.
Desid. O qué sin fruto porfias!
Valer. Sin fruto? luego mentiste.
Desid. Perdonote esa locura,
y entre otras tuyas las cuento,
que nació el atrevimiento
de un parto con la hermosura.
Valer. Qué atrevimiento he mostrado?
Desid. Luego no me has desmentido?
Valer. Luego tú no has prometido?
Desid. Luego tú no has desdeñado?
En qué obligacion me pones,
dí, rigurosa muger?
mas esto es enloquecer:
fuera, amorosas pasiones,
fingido bien enemigo;
fuera, regalo de amor,
mi corazon vencedor
ya no os admite consigo.
Llevadla de mi presencia,
y guardese la Ciudad,
no llegue mi Magestad
asido de pestilencia.
Valer. Como lo ordenares sea.
Desid. Y despues que esa se salga,
el que huviere de entrar, tráiga
testimonio de quien sea.
Valer. Solo te pido, señor,
que à mi hermano el Cardenal
no consientas tratar mal,
mira que tiene valor.
Desid. Bien dice, nadie le ultrage,
porque dice la verdad,
que el Capelo es Dignidad,
y es Colona de Linage:
yo mandaré à mis vasallos,
que todos traten de honrarle.
Valer. En qué mandas ocuparle?
Desid. En regalar mis caballos.
Capit. Ese cuidado le dí.
Desid. Pues en ese se exercite.
Valer. Tal baxeza se permite!
Desid. No lo es servirme à mí.
Sale Iñigo Arista de cautivo.
Arist. Barbaro Rey Longobardo,
à quien llaman Desiderio,
con muchas victorias loco,
vano con muchos trofeos;
no fies de la fortuna,
que como es hija del tiempo,
oy dá Cetros, y Coronas,
y mañana cautiverios.
Iñigo Arista me llaman,
de tantas hazañas dueño,
que tengo llenos de envidia
muchos valerosos Pueblos.
Con Carlos vine de Francia,
y soy aquel, que en el Puerto
cercené las dos Cadenas,
que aora por Armas tengo.
Gané infinitas victorias,
hice prodigiosos hechos,
honrando pechos humildes,
y derribando soberbios.
Real, y Goda es mi sangre,
la Casa de que desciendo
es tan antigua, que apuesta
antigüedad con el tiempo.
Todas estas calidades,
y otras notables que tengo,
calidad, nobleza, y sangre,
fama, valor, nombre, esfuerzo,
del monte de la fortuna
oy despeñadas cayeron:
que vanas prosperidades
caen quando van subiendo.
He venido à ser tu esclavo,
Rey, despues de todo aquesto,
porque nacieron de un parto
el valor, y el sufrimiento.

Pa-

Para quien no se aventura,
no tiene el mundo sucesos,
que ahora buenos, y malos
nacen del atrevimiento.
El fino pavés gravado
he trocado en este angéo,
en este cordél mis armas,
y en esta humildad mi esfuerzo.
Tratanme mal tus Soldados,
y vengo à quexarme de ellos:
venga mis injurias, Rey,
ya que por mí no las vengo.
Tus caballerizas sirvo,
donde tus yeguas enfreno,
cochero soy de tus carros,
tus caballos enjaezo,
y en esta miseria sufro
notables atrevimientos,
que el sufrimiento en los nobles
está fuera de su centro.
Trata bien à tus cautivos,
que no sabes si algun tiempo
lo serás, que las desdichas
anexâs están al Reyno:
y ya que à mí mal me tratas,
un Cardenal, que à lo menos
entre Reliquias, y Altares
quemó pebetes, è inciensos,
por qué ha de sufrir injurias
indignas de un noble pecho?
que solo en pensarlas lloro,
mira qué haré si las veo.

Desid. Qué se me dá à mí que seas
quanto quisieres honrado?
qué me gimes? qué deseas?
no estás muy bien empleado,
pues en servirme te empleas?
No pierdas tu gravedad,
ni desdores tu grandeza
por tener esa humildad,
que ofenderme à mí, es baxeza,
y servirme, calidad:
El sentimiento refrena,
pues solo tu bien deseo,
que aunque el servir te dá pena,
te honro mas con ese angéo,
que Carlos con la cadena.
Un Rey tan grande te manda,
que à los Reyes mandar pudo:
anda, temerario, anda,
pinta un Esclavo en tu Escudo,
y quita Cadena, y Vanda.
Esa muger te consuele,
que por ese Cardenal
llorar de contínuo suele.

Arist. No he visto belleza igual!
si aquesta de mí se duele,
ya mi cautiverio olvido,
ya no estimo mi cuidado,
libre soy, si preso he sido,
porque aquel valor pasado
ya se me ha restituido:
que aunque he dicho, y es verdad,
que una muger, quando es bella,
rinde con facilidad,
ya estoy libre, pues en ella
hoy hallo mi libertad:
quieres decirme quién eres?

Valer. Una cautiva. *Arist.* De quién?

Valer. Solo de quien tú quisieres:
de otro cautivo. *Arist.* Tambien
levantarle al Cielo quieres?

Valer. Aficionada te estoy,
pero no se entiende ahora.

Arist. Yo tambien tu esclavo soy.

Valer. Calla. *Arist.* Callaré, señora,
en diciendo lo que doy.

Valer. Qué dás? *Arist.* Doy mi libertad.

Valer. Esa ya la tienes dada.

Arist. Aunque es asi la verdad,
tienela el Rey violentada,
y tú con mi voluntad.

Desid. Qué hablais baxo aqui los dos?

Arist. Hemonos reconocido.

Valer. Hombre reportemonos.

Arist. Mira que soy tu rendido.

Valer. Yo soy tuya. *Arist.* Quiera Dios.

Sale Leoncio de cautivo.

Leonc. Si un cautivo maltratado
se puede acaso quexar
de quien su mal le ha causado,
dexadme, Rey, descansar,
contandote mi cuidado.
Si mis desdichas te digo,
ò las sufro, ò las mitigo;
porque en razon natural

se hace menor el mal,
que se cuenta al enemigo.
Sabes quién soy? *Desid.* No lo ignoro.
Leonc. Bien sé yo que no lo ignoras,
pero pierdesme el decoro.
Desid. Qué decoro?
Arist. De qué lloras? *A Valeriana.*
Valer. De vér à mi hermano lloro.
Arist. Es tu hermano el Cardenal?
Valer. Sí es. *Arist.* Dichoso querer!
ya mi amor es inmortal, *ap.*
pues que quiero à una muger
de sangre tan principal.
Valer. Hermano, qué caso es ese?
Leonc. Es el de mi adversidad,
pero de esto no te pese,
porque no hay prosperidad,
que con el tiempo no cese.
No hay Cetro, ò Corona alguna,
que no tenga algun baibén,
que hoy suben sobre la Luna,
pero mañana las vén
à los pies de la fortuna.
El ávito no te espante,
porque la fortuna ingrata,
siempre en su rueda inconstante,
no hay sobervia que no abata,
ni humildad que no levante.
Son hados, no hay que estorvallos:
paciencia: solo gustára,
que el Rey entre sus vasallos
otro oficio me encargára,
y no limpiar los caballos;
porque mejor con el duro
freno enfreno su furor,
mejor de ellos me aseguro,
y finalmente, mejor
los hago mal, que los curo:
que aunque es verdad que los quiero,
no puedo tratarlos bien,
que me precio de guerrero,
y pocas veces me vén
sino es vestido de acero.
Quando de acero vestía,
yeguas, caballos pensaba,
con ellos me entretenia,
y el pesebre acompañaba
mientras alguno comia:
siempre al Caballero agrada
vér sus caballos. *Desid.* Dí mas.
Leonc. Y es cosa experimentada,
que los engordaba mas
mis armas, que la cebada:
solo así sé regalallos.
Desid. En fin, qué engordas caballos
vestido de fuerte acero?
Ola, hacedle armas, que quiero
que armado vaya à curallos.
Arist. O qué buena traza has dado!
Leonc. Extremada me parece. *Vase.*
Desid. Sí, que aunque desenfrenado,
mucho un caballo obedece
à un Caballero armado.
Vos, Iñigo Arista, en tanto
en qué quereis entender?
Arist. De tu pregunta me espanto:
es mi oficio obedecer,
y en servirte me adelanto:
en el mas humilde oficio,
Rey, me puedes emplear,
solo tu gusto codicio,
que no hay mas que desear
en estando à tu servicio.
Desid. O cómo me has obligado,
Iñigo, con tu obediencia!
mucho contento me has dado.
Arist. Es locura en tu presencia
mostrarse un hombre enojado.
Desid. Yo te trataré mejor
de lo que de mí esperabas.
Arist. Ya espero de tu valor,
que tus asperezas bravas
se han de trocar en amor.
Desid. Dadle à Iñigo el vestido
con que le prendieron. *Arist.* Dén
lo que tú fueres servido;
pero con éste estoy bien,
pues es de mi vida asilo,
con él pienso que he ganado
mucho, con él andaré.
Desid. Hagase lo que he mandado.
Arist. Voy, pues, y me vestiré.
Desid. Este Francés es honrado:
Tú, rigurosa Romana,
trae el rescate, y tendrás
lo que quieres. *Valer.* Ya se allana

tu

tu pesadumbre algo mas:
traerélo de buena gana.
Desid. Buelve acá.
Valer. No hay que bolver.
Desid. Mira qué te digo, espera:
qué rigurosa muger!
quién nunca te conociera!
Valer. Quién te dexára de vér!
Desid. Qué no me quieres? *Valer.* Yo no.
Desid. Tampoco te quiero, ingrata.
Valer. Aborecesme? *Desid.* Eso no,
que aunque tu desden me mata,
tu hermosura me sanó:
vete luego, que me abrasas,
y en todo faltas, y sobras.
Valer. Qué mal tus franquezas obras!
dasme palabras escasas,
y dasme ningunas obras. *Vase.*

Sale un Moro.

Moro. Un Español mensagero
hoy à tu tienda ha venido
en un caballo ligero.
Desid. Qué quiere?
Moro. Hablarte ha querido.
Desid. Pues entre, que yá le espero.

Sale Bernardo de embozo.

Bern. Ya entro, pues que no acabas
de darme licencia: dí,
por qué dármela dudabas?
Desid. Luego al momento la dí.
Bern. Parecióme que tardabas,
y no te debe espantar
el culpar yo tu tardanza.
Desid. Qué es lo que llamas tardar?
Bern Como estoy sin esperanza,
cansome, y no sé esperar.
Desid. Ahora bien, dí, quién te envia,
que ya tu embaxada aguardo?
Bern. A mí, la misma osadía
me envia à tí. *Desid.* Quién?
Bern. Bernardo.
Desid. Pues qué quiere?
Bern. Verte un dia.
Des. Quándo? *Bern.* Quando le asegures.
Desid. Bien puede venir seguro.
Bern. Asegurasle? *Desid.* Sí aseguro.
Bern. Es menester que lo jures.
Desid. Por la fé de Rey lo juro:
dirasle que soy su amigo,
y que verle he deseado.
Bern. Haz cuenta que se lo digo.
Desid. Llamale. *Bern.* Ya le he llamado.
Desid. Qué es de él?
Bern. Aqui está contigo. *Descubrese.*
Desid. Santo Cielo, y tan rapáz,
tanta sobervia! qué es esto?
Bern. Tengamos la fiesta en paz,
que ese nombre que me has puesto
es de mi fama incapáz:
yo soy Bernardo, el sobrino
del Casto Rey de Castilla,
y soy el Leon, que vino
à recuperar la Silla
de Pedro, Pastor Divino:
yo soy de quien tiembla el Mundo
por donde quiera que voy,
soy otro Alcides segundo,
y finalmente, yo soy
un monstruo, que Reyes undo.
Hete deseado ver,
que como te he de matar,
conocerte he menester,
que un hombre à quien he de honrar,
le quiero antes conocer.
Buen talle tienes, valiente
pareces, à fé de honrado,
ojos negros, ancha frente,
moreno, y color quebrado,
bien hecho, y falto de un diente.
Desid. Mis señas son, conocellas
puedes, pues te doy lugar.
Bern. Solo he venido à sabellas,
porque te quiero buscar
en la batalla por ellas.
Desid. Pues aun mas llevar podias.
Bern. Dilas, que en callarlas yerras.
Desid. Soy rayo en las valentías,
vario, y mudable en las guerras,
temerario en las porfias,
invencible en las batallas,
franquísimo en las ofertas:
pero para quebrantallas::-
Bern. Esas son señas inciertas,
no cuido, Rey, de llevallas.
Desid. Soy quien deshace entre manos
golas, manoplas, y arneses,

soy

soy castigo de villanos,
temeridad de Franceses,
y azote de Castellanos,
y gusto de conocerte,
que con esta calidad,
y otra de la misma suerte,
procuro::- *Bern.* Qué?
Desid. Tu amistad.
Bern. Pues yo procuro tu muerte,
porque soy el vengador
de las comunes afrentas.
Desid. Digo, que tienes valor.
Bern. O qué presto te contentas!
Desid. Mirote con mucho amor.
Bern. Pues no me trates asi,
solo encarece mis iras,
que no soy tan valadí,
que de famosas mentiras
haga blason para mí.
Desid. Quanto mas me encolorizas,
tanto me aficionas mas.
Bern. Baste que me solemnizas,
pues algun dia verás
mis rayos en tus cenizas.
Desid. Eres de gallardo brio,
tu proporcion satisface,
agrada tu señorío,
y tanto tu nombre aplace,
que cautiva el alvedrío.
Bern. Yo no vengo à ser tu amigo,
ni à encarecer gentilezas,
en todo te contradigo,
que no quiero yo finezas,
sino matarme contigo. *Vase.*
Tocan dentro al arma.
Desid. Al arma tocan, y hallo
todo mi Campo rebuelto,
ya no puedo remediallo,
mis enemigos han buelto:
cautivo, dame un caballo. *Caxas.*
Qué alboroto, y confusion
es este? Tristes Soldados,
de qué vais amedrentados?
que quatro cobardes son.
Traedme un caballo, esclavos,
ponedle luégo la silla,
y desharé la quadrilla
de aquestos Franceses bravos:
ha Leoncio, enfrena, ensilla.
Dent. Leonc. Ya voy, espera.
Desid. Ya espero,
ensilla el caballo overo.
Leonc. Ya no te digo que esperes?
Desid. Lo mas presto que pudieres
vén, Leoncio.
Sale Leoncio por el patio à caballo, y armado.
Leonc. Ha Rey fiero!
ya el caballo se ensilló,
no falta una sola evilla,
pero jamás eché silla,
que no la ocupase yo,
y entiendo que soy mas bueno,
que tus barbaros vasallos,
yo nunca ensillé caballos
desenfrenados sin freno.
Desid. Barbara imaginacion,
à dónde vás? *Leonc.* Donde asombre.
Desid. Ha Leoncio.
Leonc. Ese es mi nombre,
y la mitad de Leon:
mira la facilidad
con que yo espero vencerte,
pues para darte la muerte
basta sola mi mitad.
Desid. Apeate, que me enojas,
y mis vasallos esperan.
Leonc. No importa, dexalos, mueran:
por cobardes te acongojas?
Desid. No puedo disimulallo,
ardo, rabio. *Leonc.* Hay mayor gloria,
què ganarse una victoria,
dí, con tu mismo caballo?
Voy à vencer, y matar:
buelve ácia acá la cabeza,
y verás con qué destreza
lo enseño à galopear;
verás con qué gallardía
sus mismas ancas azota,
que un Cardenal alborota
caballos de Berbería:
casi con las ancas toma
del suelo pequeñas pajas:
Ea, Leoncio, toquen caxas,
y viva San Pedro en Roma. *Vase.*
Desid. Perdido va mi partido,
mi Campo deshecho veo,

oy vá mi loco deseo
antes muerto que cumplido:
qué tengo de hacer aqui?
qué remedio llevar puedo?
sin pelear tengo miedo,
si me escapo irán trás mí:
Uno, y otro inconveniente
me ha venido à perseguir:
ea, Rey, no hay que huir,
muramos honradamente.

JORNADA TERCERA.

Dase la batalla dentro, y sale Valeriana.

Valer. Este vocear destierra
todo el disgusto pasado,
que como quiero à un Soldado,
ya me alborota la guerra.
Dónde estás, Iñigo Arista?
que Amor manda que me arroje,
que de tu ausencia me enoje,
y me entretenga tu vista.
Qué es de mi parte, y mitad
de la vida que te dí?
que vengo à buscar en tí
mi perdida libertad.
Pero qué me estoy cansando?
à dónde hallarle pretendo?
que no estará aora durmiendo,
si Francia está peleando.
Con el sueño quiero dar
treguas à mi sentimiento,
aunque en un triste el contento
es muy dificil de hallar.

Descubrese dormido Iñigo Arista reclinado en la tierra con el Escudo de sus Armas, y de él saldrá un arbol, en cuyas ramas estarán algunos Caballeros de la Casa de Bejar con las propias Armas, y en lo alto estarán los ultimos Duques de Bejar, y en el remate el Tiempo coronado de laurél.

Tiemp. Primero Rey de Navarra,
valeroso Iñigo Arista,
inclita sangre de Francia,
noble, famosa, y antigua,
oye al Tiempo, que sus sienes
de sacro laurél ceñidas,
en el Templo de la Fama
tus grandes hazañas pinta.
Mira las Ramas ilustres,
á quien tu sér comunicas,
que de tu famosa sangre,
son gotas que se derrivan.
Y tú, Romana, mas casta,
que fueron del Sol las hijas,
tus inclitos descendientes
con ojos atentos mira.
Ves aquí la alta Progenie,
que tendrá à España mas rica,
que la de Cesar de Roma,
y à Italia las dos Sicilias.
Estos Zuñigas famosos
serán los que participan
de la Cadena, y la Vanda,
que tantos Grandes envidian.
Estos conquistarán Reynos,
privando en las Monarquías,
que verdadera esperanza
à un fin tan dichoso mira.
Estos à poder de hazañas
en el mundo se acreditan,
que las honrosas verdades
nacen de sangre vertida.
Estos son aquellos Soles,
cuya luz nunca se eclipsa,
los Atlantes de sus rayos,
pues en los hombros estrivan.
Dexo las primeras Ramas,
que si en relacion distinta
hubiera de celebrarlas
mil siglos no bastarian.
A Diego Lopez vengamos,
flor de la Caballería,
Justicia Mayor del Reyno
de entrambas à dos Castillas.
Y para no detenerte,
sube por el Tronco arriba,
y en las mas altivas Ramas
verás la nobleza misma.
Verás à los dos famosos,
que con el Sol su luz mira,
cuya virtud obscurece
quantas se hallan escritas.
Estos dos son las Cabezas

por quien la Ilustre Familia
de Zuñigas se levanta,
y con las nubes confina.
Son los dos ultimos Duques
de Bejar, Real Familia,
cuyas inclitas proezas
dan admiracion, y envidia.
Estos claros descendientes
te han de dar, Iñigo Arista,
largos discursos, y el Tiempo
tu sangre dichosa estima.

Cubrese la apariencia, y despierta Valeriana.

Valer. Valgame Dios! duermo, ò velo?
qué planta es esta que vi,
cuya punta llega al Cielo?
si no estoy fuera de mí,
sobre las nubes la veo.

Dent. voces. Victoria.

Valer. Victoria à Francia
dicen, y Bernardo por Castilla,
que hombres de tanta importancia
en la Apostolica Silla,
dignos son de tal ganancia.
Iñigo Arista famoso,
cómo duermes descuidado?
mira que algun envidioso
dirá que te has retirado
por cobarde, y temeroso:
y estar en razon no puede,
que Iñigo à Marte olvidára,
ni que en la quietud se quede
de quien la familia clara
de los Zuñigas succede.
Aprisa gritan: qué haces,
Iñigo? cómo te encierras?
mira que no satisfaces
al mundo huyendo las guerras,
y procurando las paces.

Suena ruido de batalla, y sale Iñigo con espada desnuda.

Arist. Qué es de mi Rey? dónde están
sus famosos valedores?
qué es de Bernardo, y Roldán?
gritos suenan, y tambores:
Valeriana, no los dán?
que aunque el alma tengo en tí,
y siempre te estoy amando,
aunque en tí me divertí,
y en ver tu hermosura, quando
las voces de Marte oí,
aunque hechizo es tu presencia,
Marte me llamó al honor,
que entre la guerra, y Amor
no puede haver competencia:
y para honrar este Escudo
he de acreditar mi fama,
que aunque de tu fé no dudo,
llama Amor, y Marte llama,
dexo à Amor, y à Marte acudo. *Vase.*

Valer. O valeroso Leon!
oy à tu valor me entrego,
y con hidalga aficion,
en las llamas de tu fuego
consagro mi corazon. *Vase.*

Dent. unos. Victoria Francia.

Dent. otros. Victoria España.

Dase la batalla, y sale el Rey Desiderio herido, y quebrada la espada.

Desid. No dirá Francia, ni España
que yo de cobarde huí;
quien lo dixere se engaña,
que no hay mas temor en mí,
que miedo en una montaña.
Faltó mi gente, y faltó
mi alfange, siempre guerrero,
fortuna me le quebró,
y pues que faltó mi acero,
no es mucho que falte yo.
Soy un bronce en la opinion,
mis brios son inmortales,
y asi en mi comparacion,
los mas ásperos metales
tratables, y blandos son;
pero para qué me alabo,
si tan sangriento me veo?
montes, quién me llamó bravo,
si tras de tantos trofeos
he venido à ser esclavo?
Borrense de la memoria
mis sucesos victoriosos:
entre una, y otra victoria
cesen los miedos honrosos,
que al fin se canta la gloria.
Muriendo estoy de pesar,
mas no de cobarde muero:
ea, no hay que porfiar,

Es-

España, à Bernardo quiero
que me acabe de matar:
Si à su gallarda arrogancia
mi muerte está reservada,
venga, que mas importancia
será morir à su espada,
que ser vencedor de Francia.

Sale Bernardo. Por el rastro, que traía
de sangre, vengo tras él;
pero si acaso es aquel,
buena es ya la suerte mia.

Desid. O Bernardo, Español fuerte!
ò luz, y espejo de España!
tal gusto me ha dado el verte,
que en tu presencia se engaña
la esperanza de la muerte.
Seas bien venido. *Bern.* Qué quieres?

Desid. Que me mates, hazlo asi,
y echaré de ver quien eres,
que si quieres para mí
hacer muerte, tú lo eres.

Bern. O exemplo, y luz de Paganos!

Desid. Sol de Españoles temidos,
gusta que muera à tus manos.

Bern. No quiero cuerpos heridos,
sino robustos, y sanos:
tan fuera estoy de matarte,
que quando muerto te viera,
no dexára de obligarte,
si con mi salud pudiera
tornar à resucitarte.

Desid. Bien sé yo cómo podrás. (mo.

Bern. Cómo? *Desid.* Dandome el Bautis-

Bern. Ha Rey, qué cuerdo que estás!

Desid. He conocido al Dios mismo,
que tú conocido has.

Bern. Voy à buscar agua. *Desid.* Presto,
que estoy acabando. *Bern.* Voy:

Descubrese una fuente.

Mas ay Santo Dios, qué es esto?
junto à una fuente no estoy?
un milagro es manifiesto:
quiero hacer tu pretension,
recibe el Bautismo Santo,
esclarecido varon,
que hoy muriendo vences tanto,
como viviendo Sanson:
hoy para el Cielo renaces,
y con notable valor,
digno ya, y merecedor
del Reyno de Dios te haces.

Desid. Contento, Bernardo, muero,
si muero para reynar.

Bern. Asi lo esperas? *Desid.* Sí espero.

Bern. Pues hoy te puedes llamar
Rey de Reyes verdadero.
Allá vás, donde te pido,
que me tengas amistad.

Desid. Tiempo es de decir verdad,
presto verás si te olvido.
A Dios, que me está esperando
el galardon de mi fé.

Bern. Vaste, y dexasme llorando?

Desid. Voy, donde holgando gané
lo que otros trabajando. *Muere.*

Bern. Ha dichosa muerte, cierta
esperanza de vivir,
que à tu vida abres la puerta!
de tí se podrá decir,
que eres una muerte muerta.
Qualquier pesar se destierra,
quando un hombre acaba asi:
Bernardo, à tu amigo entierra,
que pues el Cielo le dí,
no es mucho darle la tierra.

Sale Iñigo Arista con la espada desnuda.

Arist. Huid, huid, miserables,
que os siguen Francia y España:
todas vuestras tiendas roban,
vuestras vanderas arrastran,
hacen rajas vuestras picas,
y de su sér las apartan,
vuestros clarines abollan,
rompen vuestras tristes caxas,
à vuestra gente degüellan,
vuestros caballos desarman,
que poco pueden alfanges
contra Españolas espadas.
Cómo, famoso Bernardo,
nada de este triunfo alcanzas,
pues que tienes mas Coronas,
que todos juntos ganadas?
La guerra queda vencida,
Roma vive, y vence Italia,
y la Apostólica Silla
sus triunfos celebra y canta.

El famoso Carlo Magno,
y el gran Leoncio te llaman,
que triunfando entran en Roma,
sus cabezas coronadas.
Hoy de aquellos Scipiones
la antigua memoria pára,
que respecto de estas veras,
fueron burlas las pasadas.
Ricos carros se aderezan
con colgaduras bizarras,
donde en competencia lucen
oro rubio, y plata blanca.
Atados van los Cautivos
con ligaduras doradas,
y los ricos carros tiran
yeguas como nieve blancas.
Varios instrumentos tocan
entre vencedoras caxas,
y de las doradas proas
penden los Escudos y Armas.
Arrastran vanderas ricas,
texidas de seda, y plata,
porque vencidas vanderas
solo de arrastrar se pagan.
Roma en sus murallas pone
blancas, y encendidas hachas,
y con bombardas, y tiros
hacen repetidas salvas.
Por las calles anchas vienen,
que se vén aderezadas
de colgaduras de seda,
tan ricas, como bizarras.
Gritan paz, y las Matronas
ocupando las ventanas,
van dando con su hermosura
paz à vencedoras àrmas.
Al Capitolio caminan,
à donde el Colegio aguarda
con todos sus Cardenales
para la eleccion del Papa:
y dicese por muy cierto,
que ningun voto le falta
al gran Cardenal Leoncio,
à quien el Cautivo llaman.
Vamos, Bernardo invencible,
honra, y crédito de España,
hijo humilde de la Iglesia,
y libertador de Italia.

Bern. O famoso Iñigo Arista!
todas esas alabanzas
de Italia, Francia, y el Mundo,
en vuestra presencia callan,
mientras que triunfan en Roma
Leoncio, y Carlos de Francia:
un Rey Christiano enterremos,
que estos son triunfos del alma.
Este es el Rey Desiderio,
de quien el mundo temblaba,
que Reynos, Cetros, Coronas
son tierra, y en tierra páran.
Alzad la noble cabeza,
de victorias coronada,
que ya en virtud del Bautismo
goza de Dios en su patria. *Llevanle.*

Suena Música, y se descubre un sitial con algunas gradas, y en lo alto estarán quatro Cardenales en pie, y en medio de ellos unos cogines: en una fuente estará una Tiara, en otra estarán unas llaves, en otra unos puñales, y en otra unas estopas.

Card. 1. A la Iglesia ya engrandece,
y lleno de triunfos llega.
Card. 2. Quien à Leoncio le niega
la libertad, le aborrece.
Card. 3. Triunfando viene el Francés
con aparato, y con pompa.
Card. 4. No hay voz que al aire no rompa
engrandeciendo à los tres.
Card. 1. Gran cantidad de Cantivos
van delante descubiertos.
Card. 2. Envidia tengo à los muertos,
quando contemplo à los vivos.
Card. 3. Ya entran los vencedores.
Card. 1. Pues vamoslos à aguardar,
que no nos dexan hablar
las trompetas, y tambores.

Por un palenque irán subiendo los Cautivos, y los Soldados que hubiere, y Roldán, y Reynaldos arrastrando las vanderas, y luego Bernardo en las manos las armas del Papa, Iñigo Arista con las Armas del Emperador, y detrás Carlo Magno, y el Papa Leoncio coronado de laurél, dando buelta al tablado todos juntos.

Car. Oíd, Colegio Sagrado,
que para eterna memoria
de

del Apostólico Estado
os presento esta victoria,
que en su nombre hemos ganado.
Hoy la Católica espada
de Francia, y España ha hecho
à la Iglesia libertada,
y adora pecho por tierra
la Silla de Pedro honrada.

Leonc. Yo, señores, no presento
ricos, ni grandes despojos,
sino un alto pensamiento,
un tener à vuestros ojos
el del Papa, y vuestro aumento:
un perpetuo pelear,
un hidalgo resistir,
un prudente gobernar,
un perpetuo no dormir,
y un cuidadoso velar:
y si es verdad que esto he hecho,
aquestas heridas son
testigos de mi derecho,
que, como otro Scipion,
pueda mostrar en el pecho.

Card. 1. Católico defensor
de Pedro, nuestra cabeza,
gritos dá vuestro valor,
y vuestra misma grandeza
os publíca vencedor;
y asi, es voluntad de Dios,
y la Iglesia, que el regilla
se os encargue solo à vos,
pues defendisteis la Silla
de San Pedro para vos.

Card. 2. Subid, Leoncio, à tomar
la dichosa posesion,
que hoy Papa os han de llamar.

Leonc. Por cierto linda eleccion,
y bien digna de alabar;
que cierto, Padres honrados,
à otro honrarades mejor,
pero quedarán pagados,
al fin, amor con amor,
y cuidado con cuidados.
Si el suplicar me bastára,
por no verme en tal lugar,
sin duda que replicára,
mas súbome à coronar
de una Corona bien cara.

Suena la Música, baxan los Cardenales, sube Leoncio, y sientase en la Silla.

Card. 1. En la sagrada Cabeza
recibid esta Corona,
cuyo aparato, y grandeza
significa en su braveza
la Apostólica Persona. *Ponele la Corona.*

Card. 2. El báculo Pastoral
recibe en tus manos graves,
gran Pastor universal. *Dale el báculo.*

Card. 3. Ahora toma las llaves
de la Corte Celestial. *Dale las llaves.*

Card. 4. Y cómo os quereis llamar?

Leonc. Llamome Leon Tercero.

Card. 2. Buen nombre quereis tomar.

Leonc. Este nombre escoger quiero.

Todos. Ese te queremos dár.

Leonc. O Pedro, quándo pensé
tener tan honrados fines!

Card. 4. El Cielo su luz te dé.

Card. 1. Ocupa esos dos cogines,
que hemos de besarte el pie.

Sientase Leoncio, y pone los pies en unos cogines, y se los van besando los Cardenales.

Bern. Solo con ver coronar
al Pontífice, se paga,
Carlos, nuestro pelear.

Carl. Esta ceremonia haga
ahora el brazo seglar.

Sube Carlo Magno, y besa el pie al Papa, y él le abraza.

Leonc. Obediente Rey, yo pienso
remunerar vuestras obras.

Carl. Padre de poder inmenso,
por hijo tuyo me nombras?

Leonc. Tus méritos recompenso.

Llega Bernardo.

Vos, vivo Leon de España,
mirad qué quereis de mí?

Bern. Solo adorarte. *Leonc.* Pedid,
no temais, que en la Campaña
no soleis temer asi.

Ván subiendo todos, y besanle el pie al Papa.

Card. 1. Padre mio universal,
aunque hayais subido tanto,
que no conozcais igual,
considerad, Padre Santo,
que sois un hombre mortal:

es-

este epigrama advertid,
con que las glorias confundo:
Santísimo Padre, asi
pasa la gloria del Mundo,
y asi pasará de tí. *Queman las estopas.*
Leonc. Ya sé que suele pasar
como sombra, y sueño vano.
Card. 3. Y en un constante gozar
la del Cielo ha de durar.
Leonc. Tengame Dios de su mano:
A vos, gran Carlos, levanto
por Emperador de Roma.
Carl. De tu grandeza me espanto.
Leonc. A quien su defensa toma,
debe la Iglesia honrar tanto:
yo procuro mi ganancia.
Carl. Antes procuras mi honor.
Todos. Viva el Magno Emperador
Carlos Séptimo de Francia.
Arist. Pues mercedes haceis hoy,
una, gran señor, os pido.
Leonc. Iñigo Arista querido,
pide, que aguardando estoy.
Arist. Pido, señor, por esposa
á la mas casta Romana,
que ha hecho el siglo famosa.
Carl. Quién es esa? *Arist.* Valeriana.
Leonc. Ya es tuya, pide otra cosa.
Arist. Beso tus pies consagrados,
que con ella han de quedar
mis descendientes honrados.
Carl. Qué dote le quereis dar?
Leonc. Yo seiscientos mil ducados.
Carl. Yo el título le confirmo
de Rey de Navarra. *Leonc.* En fé
de ello, yo tambien lo confirmo.
Arist. Al Cielo me levanté,
peligro hay, si no me afirmo.
Carl. A mis deudos, y Soldados
yo los pagaré despues.
Rold. Todos quedamos pagados.
Reyn. Viva el famoso Francés.
Leonc. Estimadle, hijos amados.
Carl. Vos, Bernardo, agradeced
al Papa el bien que me ha hecho,
y en mi nombre prometed
un humilde, y grato pecho
en pago de esta merced.
Bern. Pues de mi ignorancia fias,
buen Carlos, tan graves cosas,
suplirá mi voluntad,
lo que faltáre à mis obras.
Santísimo Padre, vivas
en las grandezas que gozas
largos, y seguros años,
alegres, felices horas.
La Pontifical Tiara,
que tus dignas sienes gozan,
todos la quieran, y estimen,
y todos la reconozcan:
seguro goces la Silla,
que con tantas ceremonias
tus Cardenales te han dado
en nuestra presencia ahora.
Por el gran Carlos de Francia,
que ya Emperador se nombra,
te doy estos parabienes,
agradecido à tus obras:
y por el Romano Imperio
beso tus manos dichosas,
que para la Imperial Silla
hoy tan gran Principe nombras.
Tan famosos son tus hechos,
y tanto al mundo alborotas,
que ocupados de la fama,
de ellos solo hace memoria.
Al fin, honrador de Francia,
Padre de la Italia toda,
hijo humilde de la Iglesia,
y libertador de Roma.
Pero para qué me canso
encareciendo tus obras?
Tus alabanzas te alaben,
pues aqui acaba la historia.

FIN.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima, junto à la de Barrio-Nuevo: y asimismo un gran surtido de Comedias antiguas, Tragedias y Comedias nuevas, Sainetes, Entremeses y Tonadillas, por docenas à precios equitativos.
Año de 1792.